

Nuestro Círculo

Año 10 Nº 502

Semanario de Ajedrez

17 de marzo de 2012

EL PEQUEÑO BOBBY

2ª. Parte



La madre de Bobby, descrita frecuentemente como poseedora de un carácter conflictivo, afectivamente fría y con cierta tendencia a la paranoia —quizá explicable por el hecho de que había sufrido vigilancia del FBI a causa de sus ideas— no era quizá una madre módelica. Además, solía estar todo el día trabajando para sacar adelante el hogar, algo que generalmente conseguía muy a duras penas entre no pocas apreturas económicas. Los Fischer eran realmente una familia cuya existencia lindaba en la pobreza.

Joan y Bobby pasaban bastante tiempo solos en su diminuto apartamento de Brooklyn. Dado que Joan era cuatro años mayor y no tenían dinero para contratar una persona encargada de cuidar a ambos hermanos, con frecuencia era la propia niña quien se ocupaba de cuidar y entretener a su hermanito. Lo cual no resultaba fácil, ya que el cerebro de Bobby crecía a marchas forzadas, no había muchas distracciones al alcance por motivos monetarios y cualquier actividad parecía quedársele corta. Un buen día, cuando Bobby tenía seis años, Joan subió a casa con una caja de "juegos reunidos" que traía de la tienda de caramelos y juguetes situada en el mismo edificio (a veces se dice que Joan la compró con dinero que le había dado su madre, y a veces se dice que la recibió como regalo del dueño de la tienda, que había simpatizado con la pobre condición de los dos hermanos). Entre otros entretenimientos, aquella caja de juegos contenía un pequeño tablero de ajedrez junto a un folleto que explicaba las reglas más básicas del juego. Ambos hermanos disputaron unas cuantas partidas, pero lo que para Joan era únicamente un pasatiempo fugaz, para Bobby se convirtió en una verdadera obsesión. Es habitual que muchos niños prodigio

del ajedrez aprendiesen el juego por influencia de los adultos, ya fuera viéndolos jugar entre ellos o siendo introducidos a la práctica por sus padres y familiares. Pero Bobby Fischer, en una circunstancia que resume a la perfección su futura carrera, descubrió el ajedrez por sí mismo.

La niña pronto se cansó de intentar seguirle el ritmo a su pequeño hermano y dejó de jugar con él. No porque ella no fuese también inteligente; de hecho terminó siendo una pionera de la educación computerizada en la Universidad de Stanford... no había nadie tonto entre los Fischer, desde luego. Pero Bobby siguió absorbido por las sesenta y cuatro casillas, sólo que ahora en solitario porque su hermana prefería hacer también otras cosas, como cualquier niña normal. De hecho, la fijación por el ajedrez de Bobby adquirió proporciones casi patológicas.

Su madre, que observó bastante preocupada el proceso, llegó incluso a consultar con un psiquiatra. El médico le dijo, simple y llanamente, que "el ajedrez no es lo peor con lo que un niño puede obsesionarse", una verdad a medias que, como sabemos, suele esconder la peor de las mentiras. Quizá hubiese sido conveniente intentar moderar aquella obsesión. Pero, aparte de la poca habilidad de Regina Fischer como madre, en aquellos tiempos no existían demasiadas pautas educativas o psiquiátricas para encaminar a niños con estas características tan peculiares hacia una infancia más normal. Bobby Fischer no sólo era un niño superdotado, sino que destacaba incluso entre los niños con esa condición: cuando se midió su capacidad intelectual en la escuela, deshizo todos los registros archivados en el centro. Durante su vida, Bobby Fischer nunca fue psiquiátricamente diagnosticado: sí sabemos por su conducta que sufrió cierto grado de paranoia en su madurez —que quizá estaba, como la de su madre, parcialmente justificada por la persecución de que estaba siendo objeto— y sobre todo se lo suele citar como un ejemplo paradigmático del síndrome de Asperger. Dicho síndrome parece encajar bastante con lo que sabemos de su figura, pero una vez más son todo conjeturas hechas a distancia. Durante sus años jóvenes, muchas personas de su entorno comentaban las rarezas de Bobby con simpatía —o con antipatía, según el caso— pero jamás nadie fue más allá de considerarlo un tipo con una personalidad extremadamente fuerte y que solía mostrar alguna que otra extravagancia, lo cual tampoco les extrañaba sabiendo lo peculiar que había sido su educación. Lo único cierto, lo que sí sabemos, es que aquella obsesión temprana con las sesenta y cuatro casillas

no lo abandonaría, por lo menos, hasta convertirse en el campeón mundial a los veintinueve años.

"A los doce años, sencillamente, me volví bueno"

El pequeño Bobby sólo parecía interesado en el ajedrez o en personas que jugasen al ajedrez, y casi cualquier otro entretenimiento o relación social parecía resbalarle. Eso no significa que no tuviese aficiones propias de otros niños. Vivía en Brooklyn, cerca del estadio de béisbol, así que terminó gustándole bastante aquel deporte. Al parecer acudía ocasionalmente a algún que otro partido y fue siempre un aficionado. También sabemos que se sintió atraído por la moda del rock & roll, y que en años posteriores desarrolló también una afición hacia el jazz. Por su actividad como adulto —le gustaba nadar, jugar al tenis, jugar a los bolos y al pinball, etc. — podríamos deducir que también de pequeño le interesaban estas cosas... siempre y cuando no se interpusieran entre él y los escaques. El tablero absorbía la mayor parte de su tiempo y jugaba contra sí mismo una y otra vez, sin parecer agotarse nunca.

La concentración y competitividad del pequeño Bobby dejaban asombrados a propios y extraños. Pronto, también su juego iría en consonancia.

Cuando Bobby tenía ocho años y viendo que no encontraba manera de alejar a su hijo del ajedrez, Regina Fischer optó por intentar encontrar algún otro niño de su misma edad que compartiese aquella intensa fijación, para que Bobby, al menos, no estuviese jugando siempre solo. Escribió una pequeña nota en la que preguntaba si alguna otra madre de la zona tenía un hijo con parecidas condiciones, y la envió a la sección de anuncios de un periódico local de Brooklyn. Cuando en la redacción del periódico recibieron la nota no la publicaron, porque sencillamente no sabían en qué sección incluirla, pero los trabajadores del diario —bastante sorprendidos por el extraño anuncio— pusieron a la atribulada madre en contacto con gente del mundo del ajedrez. Así, Regina Fischer supo que el maestro Max Pavey iba a ofrecer una sesión de partidas simultáneas en la ciudad, y que jugaría contra cualquier aficionado que quisiera anotarse sin importar la edad: quizá allí Bobby conocería a algún otro niño con el que compartir afición.

Regina anotó a su hijo en la sesión de simultáneas; el pequeño Bobby llegó, ocupó su sitio y perdió a las pocas jugadas. Lloró amargamente por la rápida y fulminante derrota; de hecho después recordaría vivamente aquel momento como un acicate, un impulso

para querer mejorar. Aquel día no conocieron a ningún niño de la misma edad, pero la sesión de simultáneas no terminó en vano: la insólita presencia de Bobby no pasó desapercibida entre la gente del mundillo y el presidente del Brooklyn Chess Club, Carmine Nigro, reparó en su actitud y creyó detectar ciertas condiciones en el pequeño. Habló con Regina Fischer, invitó a Bobby a anotarse en su club, donde podría practicar bajo supervisión, conocer a otros niños ajedrecistas, tener acceso a libros, etc. Él aceptó feliz la posibilidad de inscribirse en un verdadero club de ajedrez y Carmine Nigro se convirtió así en el primer entrenador de la vida de Bobby Fischer, aunque en esencia puede afirmarse que el jugador fue siempre fundamentalmente autodidacta.

Nigro creía en el talento de su nuevo pupilo y no era el único, aunque antes de los trece años Bobby no destacó particularmente ante los tableros, ni siquiera entre el grupo de jugadores de su edad. Es más, hasta cumplir los doce nunca fue considerado la mayor promesa de su generación de jóvenes ajedrecistas, ni mucho menos. No fue un niño prodigio especialmente brillante y su curva de aprendizaje fue, en un principio, relativamente lenta dadas sus enormes condiciones. Sin embargo, en el transcurso de poco más de un par de años, Bobby Fischer pasó de no llamar la atención entre los demás chavales de su edad a situarse directamente entre los mejores ajedrecistas del mundo.

1956 fue el año en que el juego de Fischer explotó prácticamente desde la nada para hacerlo aparecer por primera vez en las revistas especializadas sobre ajedrez, no sólo del país sino de todo el mundo. Y la culpa la tuvo una de sus partidas más brillantes, la que hoy se suele recordar como "la partida del siglo". Cuando cumplió los doce años, su juego empezó a progresar espectacularmente. Su amigo Ron Gross, que por lo general le había vencido casi siempre que jugaban ("Bobby no era mal perdedor; sólo volvía a poner las piezas sobre el tablero en silencio, era un luchador nato") pasó unos meses sin verlo, y al reencontrarse comprobó sorprendido que ahora era Bobby quien le ganaba con facilidad a él. El pequeño Fischer empezó a escalar rápidamente en los rankings y súbitamente se convirtió en una promesa a tener en cuenta. Primero se convirtió en el campeón juvenil de los Estados Unidos con trece años recién cumplidos, siendo el más joven en conseguirlo hasta entonces (ningún otro jugador lo ha vuelto a lograr a tan temprana edad). Arrasó en la competición con un resultado de +8=1-1, es decir, perdiendo sólo una partida ante jugadores mayores que él.

Después, dada su emergencia como nuevo talento, pudo participar en un par de competiciones adultas de magnitud bastante aceptable, los torneos Open de EEUU y Canadá. En ambos obtuvo posiciones discretas, a mitad de la clasificación, pero que resultaban bastante impresionantes si tenemos en cuenta su edad (puntuaciones finales de 8,5 sobre 10 y 8,5 sobre 12).

Naturalmente, su presencia en estos eventos despertaba la curiosidad de los demás parti-

cipantes y de los aficionados que se habían acercado a seguir las partidas. No hasta el punto de convertir su figura en objeto de fascinación todavía, porque no era la primera vez —ni sería la última— en que jovencísimas promesas del ajedrez eran invitadas a torneos de cierta categoría. Su asistencia a dichos torneos no significaba necesariamente nada especial: muchos "niños prodigio" que habían pasado como invitados especiales por torneos similares no habían evolucionado adecuadamente y desaparecían luego sin dejar rastro en el ajedrez adulto. No obstante, se observó que su juego resultaba, si bien todavía inmaduro, apreciablemente sólido.

El pequeño Fischer se convirtió en la atracción de cualquier torneo que pisara.

Fischer llamaba también la atención por su figura. Era un muchacho delgado, de aspecto inquieto pero más bien callado, que mientras se sentaba ante el tablero solía juguetear nerviosamente con una medalla de identificación médica que su madre solía hacerle llevar al cuello; aquella manía de dar vueltas a la chapita metálica entre sus dedos se acentuaba cuando iba perdiendo o se hallaba ante una posición complicada. Llevaba el cabello cortado a tijera, evidentemente no por ningún peluquero profesional, y vestía con ropa visiblemente barata y desgastada. Su origen humilde, económicamente hablando, saltaba a la vista, y eso era algo que como supimos después lo avergonzaba bastante. En el futuro Bobby fue muy reacio a hablar de las condiciones más bien precarias en que habían crecido su hermana y él, aunque gente de su entorno afirma que no desconocía la experiencia de irse a dormir sin haber tenido apenas nada que cenar. En la América boyante de los años cincuenta, la figura de aquel chiquillo pobretón de Brooklyn despertaba intensas simpatías entre los asistentes a los torneos. Su pobreza, unida a su inmenso talento, lo convertían en un personaje novelesco.

Tras su aceptable paso por los Open de EEUU y Canadá, la manera en que su posición en los rankings estaba creciendo a pasos agigantados hizo que lo invitaran a un torneo todavía más potente: el trofeo Rosenwald, en el que teóricamente sólo obtenían plaza los doce mejores ajedrecistas del país. La puntuación de Fischer no lo situaba todavía en ese grupo de privilegio, pero estaba progresando con tal rapidez que los organizadores decidieron hacer una excepción y recibió una invitación especial para asistir al evento. Señal de que ahora sí se lo empezaba a considerar algo más que simplemente un adolescente prometedor como cualquier otro. Empezaba a ser visto como un pequeño fenómeno. Y él iba a responder, y de qué manera.

Fischer no obtuvo una puntuación demasiado descolante en aquel torneo, lo cual resultaba lógico dado el alto nivel medio de los participantes. El chaval sólo ganó dos partidas y obtuvo algunas tablas, un resultado bastante más que digno si tenemos en cuenta el resto de nombres del plantel. Allí estaba el Gran Maestro Samuel Reshevsky, un antiguo niño prodigio en Polonia que había hui-

do a los Estados Unidos para dominar el ajedrez norteamericano y que había sido uno de los poquísimos jugadores occidentales —si bien occidental de adopción— que había sido capaz de crearles alguna mínima inquietud a los soviéticos. También había otros jugadores muy potentes como Arthur Bisguier, Edmar Mednis, Donald Byrne, etc. Ver a un chaval de trece años ante aquella constelación de grandes ajedrecistas nacionales era todo un espectáculo y lógicamente se convirtió en la atracción durante la celebración de las partidas: en torno a su mesa se reunían los demás jugadores, que pasaban frecuentemente a comprobar cómo le iba al niño. Toda esta interesante novedad se disparó al infinito y se convirtió en increíble asombro con una de las partidas jugadas por el pequeño Fischer, la partida que anunciaba la verdadera magnitud de su talento y que aún hoy sigue siendo una de las más difundidas y citadas de la historia del ajedrez.

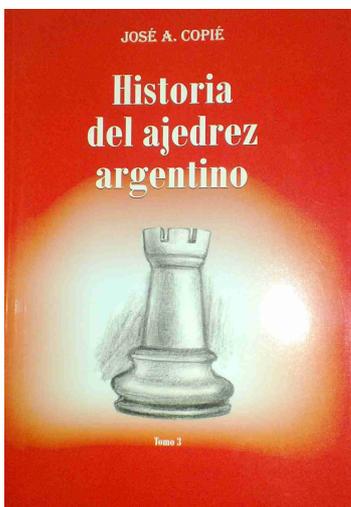
En la octava ronda, Fischer se enfrentaba a Donald Byrne, un Maestro Internacional —hermano del Gran Maestro Robert Byrne— y como de costumbre había bastante expectativa en torno a él, porque incluso cuando perdía resultaba obvio que tenía unas condiciones fuera de lo normal. El chaval de Brooklyn ocupaba una de las últimas posiciones de la tabla, como era de esperar, pero la relativa solidez de su juego —al menos considerando su edad y su inexperiencia— había suscitado ya muchos comentarios altamente favorables entre bastidores. Sabían que el chico era un diamante en bruto, pero lo que nadie podía imaginar era lo que iban a presenciar en aquella nueva jornada.

Byrne, que salía con blancas, empezó a desarrollar sus piezas y durante unos cuantos movimientos jugó con cierta alegría, mostrándose condescendiente con su rival infantil, algo de lo que —francamente— resulta difícil culparle. El maestro renunció a enrocar-se, dejando su rey al descubierto, confiando claramente en que dada su experiencia podría resolver sobre la marcha cualquier pequeña dificultad que su jovencísimo rival fuera capaz de plantearle. Una actitud imprudente aunque comprensible dadas las circunstancias... y por la que terminaría pagando un alto precio. Iba a convertirse en la primera de una larga lista de futuras víctimas del huracán Fischer. Como decimos, las primeras diez jugadas de la partida no trajeron nada de particular excepto este detalle de la confianza en sí mismo de un maestro consagrado frente a un escolar que aún llevaba colgando una medallita médica.

Por E.J.Rodríguez.
(Continuará en el próximo número)

DEL AJEDREZ ARGENTINO

Acaba de aparecer el Tomo 3 de la obra del GM José Copié, **HISTORIA DEL AJEDREZ ARGENTINO**, Editorial De los Cuatro Vientos, Buenos Aires, 2012.



Este tomo trata íntegramente la historia de los campeonatos argentinos superior de ajedrez. Son 288 páginas con los campeonatos argentinos desde el que ganó Reca en 1921 hasta el último del 2000. También incluye una cronología de todos los campeonatos hasta el último que se jugó en el 2010. Con tablas de posiciones, partidas, comentarios, fotografías, anécdotas y circunstancias de cada uno de esos torneos.

Este trabajo del maestro Copié conforma un verdadero Tratado Integral de la historia de nuestro juego, que por sus características es único en su género.

Esta obra que comenzara en su Primer Tomo (N. de R.) historiando la génesis del ajedrez del país cuando este era colonia y las asombrosas y notables circunstancias de la vida del señor Club Argentino de Ajedrez, el match Alekhine-Capablanca, el paso del pionero del surrealismo Marcel Duchamp por nuestro país en 1918 escapando de los horrores de la guerra en Europa, quien encuentra un bálsamo para sus inquietudes ajedrecísticas en el hoy más que centenario Club; la creación de la Federación Argentina de Ajedrez, la separación del Club Argentino de la FADA en 1923, la extraordinaria actuación argentina en el Torneo de Las Naciones de 1924, las curiosas circunstancias durante el Torneo de Las Naciones realizado en Buenos Aires en 1939 y la actitud de Alekhine eludiendo el match revancha con Capablanca, las semblanzas e historias de todos los campeones del Club Argentino, los matches, por la corona mayor de la institución por parte del GM Oscar Panno y sus circunstancias. Además de innumerables partidas de esas históricas épocas, cuadros de posiciones, cronologías de los campeones del Club Argentino y sus presidentes, etc.

El Tomo Segundo de la obra de Copié, abarca la historia del resto de los clubes de ajedrez del país, que se han destacado por diversas circunstancias en la vida deportiva del país. Treinta instituciones ajedrecísticas desfilan por las páginas de ese tercer tomo.

La marcha comienza con los míticos y ya clásicos; Club de Ajedrez de Quilmes (fundado en 1912; el 22 de septiembre cumple 100 años), el Círculo de Ajedrez de Buenos Aires (eterno rival que fuera del Club Argentino), el Círculo de Ajedrez de Vélez Sársfield, (el Club de Ajedrez Jaque Mate (cuna de grandes jugadores como Isaías Pleci, Alberto Foguelman – ganador del Torneo de Primera Categoría en 1952 - , Jacobo Bolbochán y Julio Bolbochán, Héctor Rossetto, Miguel Quinteros, Samuel Schweber, Raimundo

García, Carlos Bielicki, etc.), el más que mítico Círculo de Ajedrez de Villa Crespo (el que junto con el Jaque Mate y Villa del Parque nacieron al calor del match Alekhine y Capablanca), el Círculo de Ajedrez de Villa Ballester (también fundado, sin duda, bajo la influencia del histórico match de 1927), el Círculo de Ajedrez de Villa del Parque (notable institución que ha superado los más increíbles avatares del destino y que hoy es orgullo del ajedrez argentino ya que como el Ave Fénix ha resurgido una y otra vez de las cenizas y actualmente se muestra activa, dinámica y remozada, realizando incontables actividades ajedrecísticas y sociales),

El Círculo "La Régence", fundado un primero de mayo, Día Internacional del Trabajo, de 1938 (por el que también desfilaron notables maestros, institución ésta que lamentablemente ha desaparecido) el Círculo de Ajedrez de San Isidro (institución trashumante que realizara importantes actividades ajedrecísticas en la zona de su influencia, al menos durante la mitad de la pasada centuria), El Círculo de Ajedrez de Villa Martelli (nacido al calor de los épicos triunfos de Oscar Panno en plena época de oro del ajedrez argentino y que hoy institucionalmente es un valioso referente de nuestro ajedrez).

El Círculo de Ajedrez Torre blanca (joven y pujante club que cuenta entre sus filas a valores de notable prestigio en nuestro ajedrez), el círculo de Ajedrez Miguel Najdor (probablemente el club de ajedrez, más novel, nació en 1974, pero en el segundo cordón industrial del Gen Buenos Aires, ha hecho señalados méritos como para merecer el reconocimiento histórico; además de ser una institución que felizmente permanece, ya que con voluntad e inteligencia sus referentes siempre logran superar los obstáculos comunes a estas sedes deportivas); la cronología historiográfica continúe, entre otros, con el Club del Progreso, el Jockey Club, el Club Español, los 36 Billares, el Círculo de Ajedrez de Rafaela, el Club Gimnasia y Esgrima, el Círculo de Ajedrez de San Martín, el Club de Ajedrez "Los Inmortales", el Club de Ajedrez Y. M. C. A., el Centro Sportivo Dolores, el Club de Ajedrez La Plata, etc.

De esta obra trascendental la crítica especializada decía en su momento, en la palabra del Prof. Zoilo R. Caputto:

"...Estamos ante una obra verdaderamente monumental; y tanto que el ajedrez argentino y especialmente el club de ese nombre, le deben un reconocimiento de por vida. ¡Por otra parte es la historia la que sabe hacer justicia con las grandes obras y sus autores para que nunca se las olvide!

Disfruté de una amena lectura que a menudo actualizaba mis recuerdos de juventud; pero mucho más, con el desarrollo tan prolijamente documentado de una actividad creativa que hoy parecería estar a contramano del materialismo que gobierna al mundo. Esta extraordinaria obra es un inmenso tablero social, allí están todos: desde los grandes y los modestos iluminados por la gloria, hasta el recuerdo emocionado para ajedrecistas que sufrieron y desaparecieron sólo por pensar... más allá del ajedrez... [...]

¡Esta obra está más allá de cuanto uno pueda imaginar!". Ecos desde Europa no fueron menores; así opinaba al respecto el compositor y autor holandés Dr. Harrie Gromdij:

"... Estupenda Historia del ajedrez argentino, un gran libro con enorme y profusa información que será muy útil para futuras consultas. Una obra clásica fundamental para que el Continente Europeo la tenga como referencia del ajedrez de ese país...".

El famoso historiador español Joaquín Pérez de Arriaga decía: "...Un abrumador volumen, un saco sin fondo de datos, que representa un esfuerzo sin límite y que sin duda es para Argentina un logro digno de encomio...".

También el autor ha recibido los plácemes de prestigiosas figuras del ajedrez; del GM Oscar R. Panno, quien manifestó su agrado por la aparición del Tercer Tomo; el MI (ICCF) holandés y ex Campeón Europeo Walter Mooij, realizó conceptuosos elogios por el trabajo realizado, el MI Jorge Rubineti, fue uno de los primeros en felicitar al autor por este nuevo libro, al igual que el MI (ICCF), periodista y autor de la excelente obra "Panno Magistra", Enrique Arguñariz, el que expresó conceptuosas palabras; el MI Alberto Foguelman, manifestó su alegría y felicitó al autor, al igual que el Prof. Jorge Berguier a cargo de la enseñanza del ajedrez en las escuelas por parte del Ministerio de Educación de la Nación.

Igualmente lo hicieron el GM (ICCF) Roberto Alvarez, el periodista especializado Carlos Ilardo, el famoso periodista español y MI Leontxo García, el Prof. Horacio Moiraghi, etc. Luego de mediados de marzo dicho libro estará en las librerías de Buenos Aires. Por ahora se lo puede adquirir en la Editorial De Los Cuatro Vientos. Venezuela 726, Buenos Aires.

NUESTRO CÍRCULO

Director : Arqto. Roberto Pagura
ropagura@fibertel.com.ar

(54 -11) 4958-5808 Yatay 120 8ºD
1184. Buenos Aires - Argentina